

MI PRIMA ANA CLAUDIA, LA PRINCESITA

Mauricio Gutiérrez

Nuestras familias vivían todas juntas en un edificio casi conventillo de dos pisos. Entre primos llegamos a ser más de 10, aunque esto que sucedió fue cuando éramos apenas 4, tres varones y mi prima Ana Claudia, la boca sucia. Por ser la menor y la primera mujer entre los primos era una especie de líder encubierta, ya que al ser la más petisa de una familia de escasa estatura promedio se adaptaba a los pasadizos, escondites y árboles del barrio.

La cosa es que una tarde ella llegó antes de las cinco del colegio religioso apercibida por haber gritado a viva voz:

-¡No entro del recreo porque no se me canta el forro de las pelotas!

La madre superiora se enteró de inmediato y ordenó que la hermana Alicia procediera a lavarle la boca con jabón en la pileta del baño. Parece que las puteadas pasaron a mayor a medida que avanzaban el agua fría y el sabor rancio en la boca. El exabrupto arreciaba en calidad, sonoridad y cantidad de improperios hasta que la espuma coronó los labios ofendidos de nuestra princesita.

Ana Claudia había llegado a casa con los ojos llorosos y el uniforme manchado de blanco, los cabellos de angelita transformados en cuatro mechas duras de jabón, agua dura de la canilla y tiza de sus manos mezcladas con algo de tierra, porque siempre tenía las manitos llenas de mugre del patio. Mi tía y mi abuelo no podían creer lo que escuchaban de la Madre superiora, que la trajo personalmente en el auto de ella, y se lo hicieron saber. A raíz de esto cada uno de nosotros se atrincheró en lo que era nuestro lugar de lucha a favor de la prima, nuestra adorada primita que decía esas palabras en ciertos momentos tan especiales que, entre nosotros, se le estaba perdonado. La inocente ignoraba que de la vereda de casa hacia afuera una puteada del calibre de las de ella era catastrófica en un colegio de sagrada familia.

Los primos no aceptamos nada de lo que las religiosas dijeron al final de la tarde. No era verdad que estaba mal por haber empezado primer grado, ya que en esos años no había jardín de infantes obligatorio, ni era cierto que había manifestado conducta extraña jugando al indio cirujano, su placer público: descuartizar lombrices y echarles jugo de limón escupido para que se despabilen. A mis tíos tampoco les cayó bien el episodio de lavarle la boca a la nena y traerla a casa como una inadaptada social. Mi tío

llegó a decir que iba a hablar con el cura franciscano que conocía para preguntarle si era eficaz en evitar futuras palabras la acción del lavado de boca sin agua tibia ni cepillo ni dentífrico. Todos lo miramos como siempre y a los menores nos pareció otra genialidad del pelado entre tanto discurso adulto.

A la noche mis tías que aún quedaban solteros decidieron hacer una cena en desagravio por la lavada de boca. A Ana Claudia la sentaron en la cabecera que solo mi abuelo Teófilo ocupaba y en la sobremesa le fueron preguntando paso a paso como se dieron los hechos, entre morbosos y sedientos de justicia pero más cercanos al goce con la información detallada que pretenden saber los chusmos de barrio amparados en trajes de seres sensibles. Mi prima intuyó algo de eso porque admitió todo lo dicho aunque prefería irse a la cama temprano después del flan de la abuela. Todos quedamos pasmados de solo pensar en que no podríamos saber con lujo de detalle cada palabra, gesto, mirada y retruque de mi prima en aquella tarde.

Al notar que la cosa estaba difícil de dilucidarse, mi abuela Sofía tomó la iniciativa inquisidora encubierta en sutilezas como sólo ella sabía y empezó a despotricar, a putear y a vociferar contra las instituciones de todo tipo, empezando por las médicas, pasando por las municipales y militares para llegar a las comerciales. No tardó más que un par de minutos en despacharse hasta que llegó a nombrar a los curas. Sobre el pucho mi prima Ana Claudia la interrumpió levemente y comenzó a aportar información siguiendo el estilo de la vieja. Primero admitió que la puteada que desató el incidente no fue tan seca como la pintaron las religiosas sino que se fue entonando al notar que el jabón era el blanco de lavar ropa y no el de tocador. Volvió a putearlas al recordarlo mientras todos esperábamos que pasara a la siguiente blasfemia. Se despachó contra el agua fría y dura, la canilla de bronce con óxido, la pileta de cemento sin azulejar, el piso húmedo, el crucifijo de plástico sobre el espejito rajado sin biselado ni marco colocado altísimo para su estatura, la lamparita encendida en plena tarde de abril y la risa nerviosa y malsana de la maestra al lado de la Hermana. Así siguió un buen rato con su descargo mechando pequeñas puteaditas que tanto nos enorgullecían.

El abuelo tomó la palabra y aclaró que él en su juventud abrazó la causa anarquista debido a la ferviente defensa que los ácratas hacían de los niños abusados del poder de los curas. Dijo luego que luego el tiempo y su oficio de carpintero le hicieron olvidar lo que nunca debió haber dejado de lado. Declaró como quien recuerda un verso:

– Los chicos son sagrados y sus puteadas deben ser escuchadas, analizadas y canalizadas a las autoridades que correspondan, aunque yo ignoro todo sobre el sistema escolar. El jabón es para las patas y el pelo, no para la boca. Por una semana la Ana Claudia se va a venir conmigo a trabajar al negocio y al taller y va a poder escribir en la máquina, no como castigo sino como recompensa por haberme hecho acordar de quien era y volví a ser. En la escuela va a putear tanto como quiera porque le voy a comunicar a los que mandan allá que no es un problema el que tiene sino una virtud que viene de familia... y ahí les voy a advertir del caso de mi tío que solo hablaba con malas palabras y vivió más de sesenta años.

Ana Claudia se sintió reconfortada por el apoyo incondicional de los mayores e inmediatamente pispió a los primos como para que opinásemos sobre el asunto. Javier Teófilo, el mayor, dijo que se sintió reconocido al saber que en muchas de esas puteadas la prima haya usado palabras creadas por él como *reconcha*, *taradúpida* e *idiota mental*, que eran típicas de su autoría. Aldo, que siempre agregaba algo pero de un conflicto anterior, no opinó pero se puso algo triste – y lo dijo – desde el momento en que la abuela se la agarró con los milicos en su discurso petardista ya que sus soldaditos eran su pasatiempo favorito. Insinuó socarrón que sospechaba que los iban a prohibir tarde o temprano. Recordó el episodio que sufrió el tío Alberto con los libros sin fotos ni figuritas cuando dieron aquél golpe los militares. Insistió en que vinieron en persona a buscar unas cajas y se las llevaron. Y agregó descontextualizado como para no fallar en su esencia:

– Y en mi propia cara nomás las cargaron en el camión verde.

Cuando me tocó a mí se me atragantó la palabra amor por mis primos especiales como Ana Claudia que se atrevió a reclamar sobre el tamaño del recreo y el derecho fundamental a seguir disfrutando sin importar el ruido metálico del timbre. Y dije que me pareció que la prima había dicho las cosas que dijo porque se sintió nuestra representante ante tanta gente desconsiderada que no respeta un reclamo aunque sea hecho con palabras diabólicas. Y también se me atragantó la palabra paz de la voz de mi abuela al entonarse con el licor y sacarle el cuero sin despeinarse a los que se llevaron los libros y en el mismo lío las revistas nuestras que teníamos de canje y un par de ametralladoras en miniatura de madera hechas por el tío Pelín que ni remotamente se parecían a réplicas.

Al final el abuelo propuso una especie de asamblea final donde desplegáramos ideas para superar la afrenta a la prima. El primero fue el propio padre de Ana Claudia

que, como siempre, midió todo en moneda y propuso llamarlo al franciscano amigo con la excusa de la entrega del pedido de madera para el confesionario y preguntarle si realmente dios existía o no.

Y dijo convincente, por lo menos para mí:

–No sea cosa que estemos pagando un colegio caro y planeando su futuro como abogada o médica y al final el tal señor todopoderoso no existe y Ana Claudia estudió y trabajó toda su vida al pedo.

Mi tío Alberto no opinó sobre la propuesta anterior pero defendió la posibilidad de erradicar el jabón de los baños de todos los colegios, sean públicos o privados, religiosos o técnicos. Como era mi tío de insistente y amante de la burocracia y de la máquina de escribir, con el paso de los años logró que se publicara una circular desde la provincia donde se citaba como antecedente el caso de mi prima y, además, prohibía expresamente que el jabón fuera del tipo blanco, de lavar ropa, en pan.

Otros de mis primos prefirieron no aportar nada más salvo la idea común y obsesiva de pedirle insistentemente al abuelo que nos regale un petiso para andar por el baldío de enfrente a lo que accedió, no sin antes aclarar que nos estábamos desviando un poco del tema central de la discusión o asamblea como se emperro en llamarla. Como siempre sucedía en torno a nuestros pedidos después de un conflicto entre nuestras familias y la sociedad, unas semanas más tarde tuvimos al Pajarito comiendo al ras el pasto de toda la manzana.

Con el paso de los años no volvimos a hablar de la cuestión, que quedó disminuida por las muertes de los viejos, la fuga de mi tía con mi padrino una noche de reyes y el incendio de la carpintería con el franciscano y mi tío soltero adentro, del que salieron ilesos pero corriendo medio ahogados y en paños menores, en un episodio aún hoy pendiente de esclarecimiento.

El mejor recuerdo y lección de ese otoño fue que mi prima Ana Claudia nunca más dejó de putear en momentos en que es imprescindible hacerlo. Con ese gesto nos enseñó que ante una injusticia en la vereda o en una despensa o ante un jerarca de los más encumbrados de cualquier multinacional, la puteada salva y cura, o sea: es de familia y es sagrada.

